

Victoria Camps

TIEMPO DE CUIDADOS

Otra forma de estar en el mundo

arpa

SUMARIO

Introducción	9
Un trabajo invisible	17
Cuidados indispensables	35
Los espacios del cuidado	52
La justicia y el cuidado	70
La profesionalización del cuidado	86
El único argumento	103
La autonomía de los mayores	124
Por una administración cuidadora y cuidadosa	139
Ayudar a morir	157
Cuidar la casa común	175
El autocuidado	190

INTRODUCCIÓN

Hasta hace apenas cincuenta años a nadie se le había ocurrido pensar que el cuidado fuera un concepto digno de estudio. Los cuidados tenían lugar en el hogar, donde siempre había una o varias mujeres que ejercían el papel que les correspondía de atender a sus hijos, esposos o padres. En los hospitales, las enfermeras asumieron desde que se creó el cuerpo la función auxiliar de cuidar a los enfermos cuyas dolencias más graves eran tratadas por profesionales de la medicina. Los servicios sociales destinados al cuidado de las personas más desamparadas nunca han sido el plato fuerte del Estado de bienestar. La organización social de los cuidados ha sido sobre todo atendida por asociaciones y entidades caritativas que han suplido y siguen supliendo las carencias de las instituciones públicas. La necesidad de cuidados ha existido siempre, pero no se cuestionaba quién debía hacerse cargo de ellos. La respuesta era más que obvia: el cuidado era una obligación de la familia y, en casos desesperados, de organismos públicos o so-

ciales que ejercían la beneficencia acudiendo en auxilio de los más desfavorecidos.

Fueron algunas feministas, seguidoras de un estudio de Carol Gilligan que hizo época, las que empezaron a pensar sobre el cuidado como un valor que no podía ser ignorado por más tiempo. Cuidar no era un deber solo femenino, sino democrático. En las familias, los cuidados debían repartirse entre hombres y mujeres porque nada hace a estas últimas especialmente dotadas como cuidadoras. Por su parte, el sector público debía contemplar entre una de sus obligaciones más perentorias la de dispensar directamente o proporcionar instrumentos para que los cuidados pudieran ejercerse, en el ámbito familiar o fuera de él, de forma equitativa y justa para atender a todas las necesidades.

Porque, pese a que las sociedades se han desarrollado mucho y han crecido económica y tecnológicamente, a pesar de que la atención médica es más envolvente y que el Estado ha ido asumiendo una parte mayor de responsabilidades sociales, la necesidad de cuidarnos unos a otros también ha crecido exponencialmente. Las poblaciones envejecen gracias a que las expectativas de vida son mayores; el envejecimiento comporta un mayor nivel de dependencias que hay que atender; las discapacidades de todo tipo son hoy más visibles, afortunadamente, y la forma de tratarlas es más digna; las mujeres ya no pueden ni deben hacerse responsables ellas solas de cuidar a sus allegados más próximos cuando el cuidado requiere más tiempo del normal. Si el cuidado de los niños está bastante organizado con la escolarización, aunque haya que pro-

gresar aún en el terreno de atender a los más pequeños, el cuidado de los mayores es un problema mal resuelto que está demandando análisis, debates y recursos urgentes.

La pandemia de la covid-19, como todas las crisis, tiene algunos elementos positivos que conviene aprovechar. Yo misma quizá no me hubiera decidido a escribir este libro sobre la ética del cuidado si los varios confinamientos que estamos sufriendo no me hubieran regalado un montón de horas extras con las que no contaba para poder leer y escribir sobre el tema. Un tema que, por otra parte, se ha convertido en más central y perentorio a raíz de la pandemia. La conciencia de fragilidad y vulnerabilidad del ser humano ha sido uno de los rasgos más comentados, debatidos e interiorizados por todos en este tiempo catastrófico que nos ha tocado vivir. Un virus inesperado ha puesto al mundo entre paréntesis, ha trastocado las formas de vivir, nos ha obligado a aceptar limitaciones que nunca hubiéramos imaginado, nos ha hecho un poco menos arrogantes y seguros de nosotros mismos. En el ámbito de la teoría, esta toma de conciencia debería conducir a un cambio de paradigma o a un marco mental distinto, por el que en lugar de concebirnos como sujetos autónomos, racionales y capaces de dominar cualquier fenómeno adverso, nos viéramos también como seres interdependientes y relacionales, empáticos con los semejantes y atentos a los requerimientos del planeta que estamos deteriorando. Un cambio de paradigma capaz de equilibrar razón y sentimiento, en el ejercicio de la tan manoseada «inteligencia emocional», cuyas aportaciones prácticas no siempre son evidentes.

Este libro trata de las dimensiones de la ética del cuidado, que ya tiene unos años de desarrollo y está plenamente integrada en algunas áreas del conocimiento, como la de la bioética y, en concreto, la ética clínica. Además del cambio de paradigma o de mentalidad al que acabo de referirme, la ética del cuidado tiene que extender su ámbito de aplicación más allá del de la protección de la salud. Hay que reconocer que existe un derecho a ser cuidado y un deber de cuidar que no admite excepciones, que afecta a todo el mundo y cuya responsabilidad ha de ser asumida individual y colectivamente. De la aceptación de dicha realidad se deduce que hay que delimitar y reconocer cuáles son los cuidados más urgentes y necesarios, y determinar asimismo quién debe hacerse cargo de ellos. Hay cuidados que no pueden ni deben salir de los espacios más privados; otros son externalizables y exigen organización y soporte públicos. Un soporte directo e indirecto, pues hay maneras distintas de proteger y ayudar a las personas que, en momentos determinados de su vida, tienen que dedicar tiempo a cuidar de otros. Los permisos de maternidad y paternidad, las políticas de conciliación, las excedencias para atender a padres enfermos o dependientes, la oferta de guarderías públicas, son formas indirectas de ayudar a las familias a ejercer tareas de cuidado. Por no hablar de una de las cuestiones que la pandemia ha revelado como una de las asignaturas pendientes más escandalosas de las sociedades supuestamente avanzadas: las residencias geriátricas como los espacios de cuidado, quizá ni los más idóneos ni los más humanos, para atender a los ancianos en la última etapa de su vida.

Cuidar consiste en una serie de prácticas de acompañamiento, atención, ayuda a las personas que lo necesitan, pero es al mismo tiempo una manera de hacer las cosas, una manera de actuar y relacionarnos con los demás. El cuidado es un trabajo, gratuito o remunerado, pero no es un trabajo cualquiera. Cuidar implica desplegar una serie de actitudes que van más allá de realizar unas tareas concretas de vigilancia, asistencia, ayuda o control; el cuidado implica afecto, acompañamiento, cercanía, respeto, empatía con la persona a la que hay que cuidar. Una relación que debe ocultar la asimetría que por definición la constituye.

Además de realizar un recorrido por las dimensiones fundamentales del cuidado y lo que representa como una opción de progreso, los capítulos que siguen desarrollan el papel que las relaciones de cuidado juegan en la mejora de la democracia. Se intentan acallar las voces aún resistentes a colocar el cuidado en un lugar prominente contraponiéndolo a la justicia. Justicia y cuidado son valores complementarios, pues las categorías anejas al cuidado rompen un reparto de roles que no se sostiene ni justifica desde el principio de igualdad. Privilegiar categorías masculinas —yo, razón, mente— en detrimento de otras consideradas femeninas —las emociones, el cuerpo, las reciprocidades—, o mantener esa división binaria que distribuye las funciones de cada género, implica mantener el patriarcado y debilitar la democracia. Introducir el cuidado en la vida pública significa dar un paso decisivo en el intento de acabar con las dominaciones de todo tipo. Como dice Carol Gilligan: «En un con-

texto patriarcal, el cuidado es una ética femenina; en un contexto democrático, el cuidado es una ética humana».

Hacer del cuidado un objetivo político significa atacar los vicios que lastran el servicio público y que hacen de las administraciones organismos poco aptos para cumplir su misión más propia, la de atender y auxiliar a la ciudadanía más necesitada. Significa diseñar estructuras que propicien la redistribución de las obligaciones de cuidarnos mutuamente. Significa asimismo tomarse en serio la llamada «transición ecológica» y hacer del cuidado de la «casa común» una preocupación sostenida y prioritaria.

La ética del cuidado exige que nos veamos a nosotros mismos, nuestras relaciones con los demás y con la naturaleza en general desde una perspectiva nueva. No contraria a la que ha sido prevalente por lo menos desde la modernidad, sino tendente a atacar todas aquellas disfunciones que han puesto a la dominación y a la deprecación por delante de la cooperación y la reciprocidad.

Vivimos un «tiempo de cuidados». Un tiempo en que los enormes avances científicos y tecnológicos contrastan con desigualdades lacerantes, exclusiones, pobreza y marginaciones incomprensibles. La esperanza de vida aumenta pero no sabemos si lo hace de la manera adecuada. Pensar a fondo en todas estas paradojas que muestran, en definitiva, nuestra finitud nos toca también a los filósofos, en especial a los que ya somos viejos, como confiesa Aurelio Arteta en el último de sus ensayos sobre la vejez: *Y solo será silencio*. Es ahora, en el tramo final de la vida, cuando las ideas de este libro

sobre la importancia de los cuidados se entienden mejor y, si nos acompaña todavía un mínimo de claridad mental, de lucidez y de optimismo, también se está en condiciones de explicarlas con mayor conocimiento de causa.

*

La Fundación Mémora está desarrollando un proyecto denominado «Hacia una sociedad cuidadora», que ha empezado siendo una reflexión amplia e intensa sobre los distintos sectores de la sociedad y del conocimiento que debieran contribuir a hacer de las ciudades actuales espacios más amables, respetuosos y atentos con los más desfavorecidos. En especial con aquellos que sufren desamparo y soledad, los ancianos y los moribundos. Como patrona de dicha Fundación, apoyo y contribuyo activamente a la realización de este proyecto, lo cual ha sido un estímulo decisivo para llevar a cabo el trabajo recogido en estas páginas.

Finalmente, y como siempre, agradezco a Joaquín y Álvaro Palau, directores de la editorial Arpa, sus desvelos y su cuidado, nunca más oportuno, en la empresa que tienen entre manos. Sin su cariño y su insistencia, que me anima a no dejar de escribir y a engrosar su ya considerable colección de ensayos, seguramente no me hubiera embarcado otra vez en la tarea de publicar un nuevo libro.

VICTORIA CAMPS

Sant Cugat del Vallès, enero de 2021